

Breve reseña biográfica y bibliográfica

Felisberto Hernández **nació en Montevideo el 20 de octubre de 1902. Perteneció a la misma generación literaria de Espínola**, la denominada **Generación del '30** (ver características de esta en el material sobre Espínola). Su formación fue la de un **autodidacta**, salvo en lo que se refiere a la música.

Si bien nos importa ahora el escritor, Hernández **fue un destacado pianista** que realizó numerosas giras presentando conciertos por el interior del país y de la Argentina. Fue compositor, destacándose entre sus obras: *Canción de Cuna*, *Primavera*, *Negros*, *Marcha Fúnebre*, *Crepúsculo*. Lo que llama la atención es que, habiendo realizado numerosos conciertos en Montevideo, en Buenos Aires y en ciudades del interior del Uruguay y la Argentina, no haya grabado ninguna –por lo que se sabe– de sus interpretaciones sobre temas propios o ajenos, cuando ya existían los medios tecnológicos para el registro de las mismas.

En cuanto a la literatura, **escribió cuentos y novelas cortas**. En **1925** publicó su primer libro, *Fulano de Tal. Libro sin Tapas* apareció en 1929, *La cara de Ana* en 1930 y *La envenenada* en 1931. Su interés por la filosofía, la psicología y el arte, lo llevó a integrar el círculo de amigos al que pertenecían Carlos Vaz Ferreira, Alfredo y Esther Cáceres y Joaquín Torres García, entre otros.

Hacia 1940 abandonó definitivamente su carrera de pianista y se dedicó a la literatura. En 1942 publicó *Por los tiempos de Clemente Colling* y en 1943 *El caballo perdido*, obteniendo un premio del Ministerio de Instrucción Pública y que marca un nuevo rumbo en su narrativa. En 1946 viajó a París con una beca del gobierno francés. La Editorial Sudamericana publicó, en 1947, *Nadie encendía las lámparas*. En 1948 regresó a Montevideo.

En *Escritura* apareció por primera vez *Las Hortensias* en 1949, publicada en 1950 por Editorial Lumen. En 1955 publicó su “manifiesto estético”: *Explicación falsa de mis cuentos* en la revista *La Licorne*. Ingresó de taquígrafo en la Imprenta Nacional; él mismo había inventado un sistema taquigráfico en el que copió algunos de sus cuentos y el cual, aún, no ha podido ser descifrado. En 1960 publicó *La casa inundada*. En 1962 salió la primera edición de *El cocodrilo*, reeditada en 1963, y póstumamente, en 1964, *Tierras de la memoria*. Lamentablemente, salvo por el límite que marcan las fechas de publicación, **se desconocen las fechas de composición de la mayoría de sus escritos**; la incertidumbre es mayor todavía en lo que respecta a los trabajos que dejó inéditos.

Hernández **escribió, en conjunto, unas cincuenta narraciones, no todas completas**. Son, en su mayoría, de **corta extensión** (las más extensas ocupan entre cincuenta y setenta páginas) y están **casi todas contadas en primera persona**. Varios de sus relatos son **netamente autobiográficos** y en otros los detalles personales aparecen mezclados con la fantasía. Solo una **media docena de narraciones está escrita en tercera persona**.

Más allá de su pertenencia cronológica a la Generación del '30, **Hernández aparece como una figura solitaria dentro de la literatura uruguaya. Murió el 13 de enero de 1964.**

Composición y estilo

En la obra de Hernández, más que en otros, **la obra depende estrechamente de lo que ha sido el hombre**, pues **es un autor que escribe ciñéndose a sus propias experiencias**. Da así al lector un mundo propio, **extremadamente subjetivo**, en el que **el acento está puesto sobre cosas que a él le importan**. **Las apreciaciones autobiográficas abundan en sus relatos.**

Para él **en la literatura no hay hechos menores ni despreciables si el autor sabe darles interés**. Otra de las características es la que da su **naturalidad expresiva**. Es un narrador que ha desarrollado una **óptica personal**, y este modo de ver tan suyo las cosas es lo que hace la singularidad de su prosa.

Trascendencia

Su obra fue muy poco leída mientras vivió. En el presente posee una difusión importante, dentro y fuera del Uruguay. Esta amplia difusión en el espacio es limitada en tanto **sigue siendo un autor conocido por minorías**, incluso en nuestro país, a pesar de la **sencillez de lenguaje** que caracteriza su prosa.

La **comunidad académica internacional le ha dedicado varios homenajes**: Universidad de Poitiers en 1973, Universidad de Washington en 1993, UNESCO-París en 1997, Universidad Autónoma de México en 2002. **Sus obras han sido traducidas a varios idiomas**: italiano, francés, inglés, portugués y alemán. Tanto Julio Cortázar como Gabriel García Márquez lo consideraron un maestro, e Italo Calvino, el escritor italiano, dice de él en un prólogo: “Felisberto Hernández es un escritor que no se parece a ninguno”.

Se ha señalado que **la sustancia de los relatos de Hernández es aparentemente poco elaborada** en comparación a otros escritores. **No lo preocupó demasiado la estructura de las narraciones**, algunas de las cuales parecen carecer de ellas. Sin embargo, **su preocupación por las palabras fue esencial** para lograr la magia de su estilo.

Hernández, más que en otros, muestra un **gran sentido humorístico** y una **minuciosa capacidad de observación**. **Los diálogos casi no existen en su obra**. Los **personajes** son con frecuencia **leves variantes de sí mismo**, salvo aquellos, memorables, que no se le parecen: han sido **tomados muy directamente de la realidad**.

Su **mundo literario es coherente consigo mismo** y mantiene una **poderosa unidad desde sus primeros trabajos hasta los últimos**. **El hombre y el escritor Hernández enfocan empeñosamente el pasado, un pasado personal** en el que subrayan **lo minúsculo**. **No se trata de una idealización de ese pasado**: la **angustia** suele aflorar, a veces aludida, a veces nombrada de forma directa.

Los críticos no han dejado de señalar ciertas inhabilidades: la **dureza expresiva** o la **vaguedad** que asoma en algunas frases. Sin embargo, esto se relaciona, a menudo, con **formas de la oralidad** que el autor gusta de transportar a la forma escrita, así como gusta también **de incluir palabras que él mismo inventa imitando la actitud de un hablante posible, como si su literatura estuviera más destinada a ser oída que leída**. El mismo autor ha dicho en *Diario de un sinvergüenza y Últimas invenciones*:

*“Y lo diré de una vez: mis cuentos fueron hechos para ser leídos por mí, como quien le cuenta a alguien algo raro que recién descubre, con **lenguaje de improvisación** y hasta con mi **natural lenguaje lleno de repeticiones e imperfecciones** que me son propias. Y mi problema ha sido: tratar de quitarle lo más urgentemente feo, sin quitarle lo que es más natural; y temo continuamente que mis fealdades sean siempre mi manera más rica de expresión”.*

La de Hernández es una **visión fuertemente subjetiva del mundo, de las personas y de las cosas**. Una **visión que puede calificarse como ingenua, infantil o adolescente, pero que es siempre agudamente inquisitiva; maravillada y entusiasta unas veces, teñida por la angustia otras**; o, mejor, inquisitiva, maravillada, angustiada y burlona casi a la vez. La subjetividad no le impide la **agudeza de observación**, sensible en muchos pasajes. Pero **esa percepción realista es expuesta a menudo con toques impresionistas**, pues **la intención de Hernández no es mostrar desnudamente una realidad sino transformarla a partir de su visión**.

Si bien describe con detalles ciertos ambientes, apenas insinúa el paisaje. El interés y la curiosidad del autor están volcados enteramente sobre el hombre y las cosas que lo rodean: la naturaleza y el mundo animal figuran solo como elementos ilustradores, en función de aquel interés.

Surge en su obra entonces un mundo en cierto grado fantástico. Pero su literatura es fantástica de un modo controvertido para la crítica. Sin embargo, un autor llamado Louis Vax, en su obra *Arte y literatura fantásticas* diferencia lo fantástico de lo feérico (relativo a las hadas) o mágico, y sus ideas, si bien muy generales, calzan a la hora de enfrentar la obra de Hernández:

“La narración fantástica se deleita en presentarnos a hombres como nosotros, situados súbitamente en presencia de lo inexplicable, pero dentro de nuestro mundo real. (...) En primer lugar, nos encontramos en nuestro mundo claro y sólido, donde nos sentimos seguros. Sobreviene entonces un suceso extraño, aterrador, inexplicable y experimentamos el particular estremecimiento que provoca todo conflicto entre lo real y lo posible.

(...) No es otro universo el que se encuentra frente al nuestro; es nuestro propio mundo que, paradójicamente, se metamorfosea y se transforma en otro”.

Hernández, si bien en un ambiente cotidiano inserta algo que lo trastorna, **elude el horror y lo trágico**. En cambio, **lo humorístico y lo poético fluyen siempre de sus relatos**, sean fantásticos o no, o lindan con ese carácter o no.

Tomado y modificado parcialmente de: Aldo Cánepa, *Felisberto Hernández*, Editorial Técnica, Montevideo, 1998.

Etapas en su obra	
Si se toma en cuenta que su actividad literaria abarcó cuatro décadas –su primera publicación es de 1925–, sorprende lo reducido de su producción . Esta actividad ha sido dividida en tres etapas :	
1.	De iniciación (de 1925 a 1931; aparece la primera narración en que el narrador y protagonista se funden);
2.	de madurez (de 1932 a 1943; aparece la primera de sus narraciones largas; la evocación del pasado confrontado con el presente inconcreto serán características de de su narrativa de aquí en más); y
3.	etapa final (hasta 1960; presenta la misma línea evocativa que al etapa anterior).

Cuando yo tenía ocho años pasé una larga temporada con mi abuela en una casita pobre. Una tarde le pedí muchas veces una pelota de varios colores que yo veía a cada momento en el almacén. Al principio mi abuela me dijo que no podía comprármela, y que no la cargoseara; después me amenazó con pegarme; pero al rato y desde la puerta de la casita –pronto para correr– yo le volví a pedir que me comprara la pelota. Pasaron unos instantes y cuando ella se levantó de la máquina donde cosía, yo salí corriendo. Sin embargo ella no me persiguió: empezó a revolver un baúl y a sacar unos trapos. Cuando me di cuenta que quería hacer una pelota de trapo, me vino mucho fastidio. Jamás esa pelota sería como la del almacén. Mientras ella la forraba y le daba puntadas, me decía que no podía comprar la otra y que no había más remedio que conformarse con ésta. Lo malo era que ella me decía que la de trapo sería más linda; era eso lo que me hacía rabiar. Cuando la estaba terminando, vi cómo ella la redondeaba, tuve un instante de sorpresa y sin querer hice una sonrisa; pero enseguida me volví a encaprichar. Al tirarla contra el patio el trapo blanco del forro se ensució de tierra; yo la sacudía y la pelota perdía la forma; me daba angustia de verla tan fea; aquello no era una pelota; yo tenía la ilusión de la otra y empecé a rabiar de nuevo. Después de haberle dado las más furiosas "patadas" me encontré con que la pelota hacía movimientos por su cuenta: tomaba direcciones e iba a lugares que no eran los que yo imaginaba; tenía un poco de voluntad propia y parecía un animalito; le venían caprichos que me hacían pensar que ella tampoco tendría ganas de que yo jugara con ella. A veces se achataba y corría con una dificultad ridícula; de pronto parecía que iba a parar, pero después resolvía dar dos o tres vueltas más. En una de las veces que le pegué con todas mis fuerzas, no tomó dirección ninguna y quedó dando vueltas a una velocidad vertiginosa. Quise que eso se repitiera pero no lo conseguí. Cuando me cansé, se me ocurrió que aquel era un juego muy bobo; casi todo el trabajo lo tenía

que hacer yo; pegarle a la pelota era lindo; pero después uno se cansaba de ir a buscarla a cada momento. Entonces la abandoné en la mitad del patio. Después volví a pensar en la del almacén y a pedirle a mi abuela que me la comprara. Ella volvió a negármela pero me mandó a comprar dulce de membrillo. (Cuando era día de fiesta o estábamos tristes, comíamos dulce de membrillo). En el momento de cruzar el patio para ir al almacén, vi la pelota tan tranquila que me tentó y quise pegarle una "patada" bien en el medio y bien fuerte; para conseguirlo tuve que ensayarlo varias veces. Como yo iba al almacén, mi abuela me la quitó y me dijo que me la daría cuando volviera. En el almacén no quise mirar la otra, aunque sentía que ella me miraba a mí con sus colores fuertes. Después que nos comimos el dulce yo empecé de nuevo a desear la pelota que mi abuela me había quitado, pero cuando me la dio y jugué de nuevo me aburrí muy pronto. Entonces decidí ponerla en el portón y cuando pasara uno por la calle tirarle un pelotazo. Esperé sentado encima de ella. No pasó nadie. Al rato me paré para seguir jugando y al mirarla la encontré más ridícula que nunca: había quedado chata como una torta. Al principio me hizo gracia y me la ponía en la cabeza, la tiraba al suelo para sentir el ruido sordo que hacía al caer contra el piso de tierra y por último la hacía correr de costado como si fuera una rueda.

Cuando me volvió el cansancio y la angustia le fui a decir a mi abuela que aquello no era una pelota, que era una torta y que si ella no me compraba la del almacén yo me moriría de tristeza. Ella se empezó a reír y a hacer saltar su gran barriga. Entonces yo puse mi cabeza en su abdomen y sin sacarla de allí me senté en una silla que mi abuela me arrimó. La barriga era como una gran pelota caliente que subía y bajaba con la respiración. Y después yo me fui quedando dormido.